

CARLOS CANALES TORRES  
MIGUEL DEL REY VICENTE

NAVES NEGRAS  
LA AVENTURA DEL LAGO ESPAÑOL



[www.edaf.net](http://www.edaf.net)

MADRID - MÉXICO - BUENOS AIRES - SANTIAGO  
2021

# ÍNDICE

INTERMEDIO .....	11
INTRODUCCIÓN .....	15
1.- <i>PLUS ULTRA</i> .....	19
1.1. Donde el viento nos lleve .....	21
1.2. Los límites del mundo .....	25
1.3. El más peligroso de los viajes .....	29
1.4. <i>Primus circumdedisti me</i> .....	34
2.- LOS LÍMITES DEL HORIZONTE .....	37
2.1. La Especiería para Castilla .....	39
2.2. De deserciones y otros desastres .....	44
2.3. El alucinante viaje de la <i>San Lesmes</i> .....	52
2.4. Rastreado el Mar del Sur .....	57
2.5. Un intento más .....	61
3.- LAS ISLAS DE PONIENTE .....	67
3.1. Barreras que romper .....	69
3.2. Los espacios infinitos del Señor .....	73
3.3. Con la cruz y la espada .....	81
3.4. El «Tornaviaje» .....	86
3.4.1. El pleito con Arellano y Martín .....	88
3.5. Moros en la costa .....	90
3.6. Nace Manila .....	96

4.-	CULTURAS ENFRENTADAS .....	101
4.1.	Visiones chinas: Los «bárbaros del Mar del Sur» .....	103
4.2.	Guerreros de un mundo insular .....	111
4.3.	Caballeros <i>versus</i> samuráis .....	118
4.4.	<i>Tanegashimas</i> .....	123
4.5.	Enemigos distintos, guerras diferentes .....	125
5.-	LOS SEÑORES DE LA GUERRA .....	133
5.1.	Una misión incompleta .....	135
5.2.	El señor oscuro: Li Ma Hong .....	139
5.3.	Manila resiste .....	142
5.4.	Primeros contactos con China .....	150
5.5.	<i>¡Perang Kastila!</i> .....	153
6.-	HORIZONTES LEJANOS .....	161
6.1.	En las fronteras de la locura .....	163
6.2.	Argumentos para conquistar China .....	166
6.3.	El escollo portugués .....	173
6.4.	Gobernar el mundo .....	176
7.-	LOS «JAPONES» .....	181
7.1.	Amenaza en el Norte .....	183
7.2.	El sendero de los guerreros .....	187
7.3.	La rebelión del «Tributo» .....	190
7.4.	Cerrando el círculo .....	193
7.5.	Predicar con la cruz y asumir los riesgos .....	197
7.6.	El filo de la navaja .....	202
8.-	EN REINOS REMOTOS .....	207
8.1.	Sueños de Oriente .....	209
8.2.	Ambición sin límite .....	216
8.3.	El incidente del <i>San Felipe</i> .....	221

---

9.- EN BUSCA DE ANTÍCTONA .....	233
9.1 Un mundo nuevo por conocer .....	235
9.2. Las islas verdes .....	243
9.3. Las tierras del olvido .....	247
9.4. Perdidos. El enigma de la <i>Santa Isabel</i> .....	254
9.5. El fiasco de Quirós .....	257
9.6. La singladura perfecta de Vázquez de Torres .....	261
10.- EL DESAFÍO .....	269
10.1. Insurrección .....	271
10.1.1. El año de la masacre .....	277
10.2 Capitalismo en acción .....	284
10.3 Encuentro en Playa Honda .....	289
10.4 Presagios de tormenta .....	292
10.5 La medida del valor: El incidente de Nagasaki .....	295
10.6 El último esfuerzo .....	303
10.7 El momento de las embajadas .....	307
10.7.1 La misión <i>Keicho</i> .....	311
EPÍLOGO .....	319
ANEXO I. Pesos y medidas .....	323
ANEXO II. Personalidades .....	327
CRONOLOGÍA .....	337
BIBLIOGRAFÍA .....	341

## INTERMEDIO

*Cabo Pracel.*

*6 de noviembre de 1590.*

CUANDO COMPRÓ EL GALEONCETE al armador Martín de Noriega en Acapulco, Pedro Ordóñez de Ceballos pensó que hacía un buen negocio. Es verdad que su artillería era en su mayor parte menuda y combinaba versos, sacres, culebrinas y falconetes, pero los cinco cañones de bronce añadidos al material original —por los que había pagado una buena suma adicional—, eran de muy buena factura. El buque estaba en excelentes condiciones. No solo parecía resistente, sino que demostró serlo. Con una fina línea y castillos bajos para ofrecer menor pantalla al viento, construido con magníficas y sólidas maderas americanas, su bajel de 280 toneladas era rápido, marinero y peligroso. Lo bautizó como *San Pedro*.

La elección de la tripulación no fue difícil. Por el puerto y la ciudad había decenas de aventureros y buena gente de mar sin empleo, dispuesta a hacer lo que fuera menester si a cambio había dinero de por medio. Ordóñez, que conocía bien a los de su calaña, seleccionó a un capitán, un contra maestre, un maestre, 30 marineros, 25 grumetes, un guardián, un despensero, y 20 pajes para servicio a bordo. Además, para cuidar también las cosas del alma, añadió dos frailes, que se sumaban a sus dos inseparables compañeros de viaje, Pedro de Lomelín y Marcos Ortiz, con los que llevaba recorrido medio mundo.

También reclutó a dos extranjeros, buenos especialistas, pues los españoles, como siempre, no eran muy duchos en las artes mecánicas y manuales. Casi más sencillo que sacar a su tripulación de las tabernas le fue encontrar a un hábil genovés y a un inglés desesperado por salir de allí, que entendían bien de mechas, pólvora y cañones. Especialmente el último, un rubio alto y desgarrado, un tanto inexpresivo, que resultó ser un

experto en bombas incendiarias. Algo, que, según su experiencia, a buen seguro les acabaría siendo útil. Ya listo para hacerse a la mar, Ordóñez decidió cargar el barco con ropa de sobra, lona para velas de repuesto, el imprescindible cordaje, clavazón, maderas y provisiones suficientes para una larga travesía.

Había nueve comerciantes que habían confiado en él y cargado sus mercancías en el galeón, y Ordóñez no estaba dispuesto a defraudarlos. Si todos colaboraban, habría beneficios sobrados para repartir. Ni que decir tiene que después de haber invertido la nada despreciable suma de 8 000 pesos de plata al contado, más otro 8 000 fiados por prestamistas, no tenía ninguna intención de pedir permiso para comerciar con Oriente a las autoridades virreinales. Había en Asia ricos reinos y espléndidas ciudades y, si se quería obtener beneficio, no se podía perder el tiempo con la insoportable burocracia de la Corona y demás zarandajas. ¡Ni se le había ocurrido pasar por Manila, para que le empezasen a abrumar con preguntas embarazosas! Habría quien llamaría a lo que pensaba hacer comercio ilegal —conocía a muchos que ni comían ni dejaban comer—, pero para él era simplemente «comercio».

El negocio fue de maravilla. Navegaron como «gentiles corsarios». Compraron y vendieron si las cosas iban bien, y usaron la fuerza cuando pintaron bastos. Evitaron Manila como estaba previsto y lograron en Macao —mediante el eficaz y arraigado sistema del soborno—, papeles del virrey de la India. Con ellos comenzaron un lucrativo intercambio: trocar mercaderías de México y Europa por porcelanas y sedas chinas de Cantón. Bien cargados y con salvoconducto chino, marcharon a Japón. En el mismo puerto de Nagasaki vendieron ricas telas de raso y de Holanda a ocho pesos por vara. Eso sí fue contrabando. Como carecían de permisos, tuvieron que zarpar a la carrera, todo el trapo desplegado, casi sin despedirse de los jesuitas que los habían avisado.

Pasaron varias semanas costeano los mares de China. Todo iba a las mil maravillas, hasta que una impetuosa tormenta los empujó al sur, hasta un punto que la fortuna no había querido representar en sus cartas. Se toparon con un grupo de «juncos» que les dijeron que estaban en la Cochinchina, cuyo reino estaba en guerra con la China Ming. Ordóñez siempre había sido un hombre práctico: destruyó su salvoconducto chino

y les mostró el del virrey de Goa, para que los ayudaran a llegar hasta la costa. Dios debía estar ocupado esa semana, porque fue entonces cuando se enteraron de que el reino estaba además en guerra civil, y enfrentado no solo a los chinos, sino también a los camboyanos.

Fue complicado para los españoles ganarse la confianza de los cochinchinos y, una vez lograda, no tuvieron más remedio que combatir contra los camboyanos y los chinos. Un fastidio, pues si de lo que se trataba era de comerciar, el involucrarse en una guerra podía dar al traste con todo. Claro que también podía estropearlo un buen lío de faldas, y nada de eso hubiese sucedido si Ordóñez no se hubiera obcecado en intentar seducir a la hermana del rey y, mucho menos, si su socio Lomelín, hombre de pocas palabras y ducho en tirar de acero como carta de presentación, no hubiese acabado de varias estocadas con el embajador de Camboya en un desafío, cuando también venía a pedir la mano de la princesa cochinchina. Pero ya no había tiempo de otras conjeturas. Ahora, «a lo hecho pecho», y a tratar de salir bien parados de la que se avecinaba, que no era poca cosa.

Así pues, Ordóñez sumó su galeón a la flota cochinchina, y puso proa al encuentro de la armada Ming, situada a la altura de un cabo que los portugueses denominaban Pracel<sup>1</sup>. Durante varios días ambas escuadras amagaron lanzarse una contra la otra, con un largo intercambio de golpes en los que cada una sufrió la pérdida de dos juncos y el *San Pedro* capturó un tercero. Parecía que todo el asunto iba a quedar en tablas, cuando los chinos recibieron el refuerzo de un grupo de barcos camboyanos. En respuesta, los cochinchinos incrementaron el número de los suyos con todos los que había en la costa más próxima. Ahora ambos bandos tenían decenas de juncos, champanes y otras naves menores. Nada daba a entender que no se aprestaran para una gran batalla. Al contrario. Por lo que veían los españoles, los combatientes de ambos bandos se odiaban y parecían dispuestos a matarse entre sí sin miramientos. Hasta el final. Sin duda el asunto se complicaba.

Amanecía. Entremezclados los unos con los otros, a tiro de arcabuz, ya no había duda que el *San Pedro* se iba a meter en un buen lío. En cubierta, armados hasta los dientes con todo el hierro posible, los hombres

---

<sup>1</sup> Próximo a las Ilhas do Pracel, hoy islas Paracelso, en el Mar de China Meridional.

de Ordóñez—asumido que la empresa sería recia—, estaban dispuestos a vender caras sus vidas. A demostrar que ningún asiático era capaz de vencer a los españoles, y menos en un combate en la mar.

Resuelto a terminar con el pleito de una vez por todas, y convencido de que el poder del *San Pedro* sería determinante, Ordóñez lo sacó de la formación. Airoso, con todo el trapo desplegado, arbolando a popa una gigantesca bandera blanca con el aspa roja de San Andrés, y en lo alto del mayor el estandarte de Castilla y León, arribó el galeón de bolina para tomar viento a un largo y lanzarse contra las naves chinas y camboyanas. Sin importarle la fuerza o el número de sus enemigos, confiado en la silueta negra y afilada de sus cañones que asomaba por las portañolas.

Ahora, al grito de ¡Santiago, cierra España! amigos y enemigos iban a contemplar atónitos el poder real de los barcos que tanto temían. Iban a saber a ciencia cierta lo que ocurría cuando una «nave negra» entraba en acción.



# INTRODUCCIÓN

ES RELATIVAMENTE FÁCIL al caminar por el paseo principal de la calurosa y húmeda Tainan, la capital de Taiwan, encontrar el santuario y los jardines dedicados a Koxinga. Los adornan plantas autóctonas, un espectacular estanque y una no menos espléndida estatua en la que, heroico y orgulloso, cara al mar que se vislumbra tras un prosaico Carrefour, Koxinga cabalga espada en mano a enfrentarse a los opresores de su patria. Todo magnífico, si no fuera porque el insigne adalid representado no era más que un criminal y un pirata y, algunos de los opresores, los españoles defensores de Manila y de su población. Harta de espolios, saqueos y destrucción.

La historia está llena de mentiras como esta, con la que determinados grupos, generalmente en el poder, intentan siempre engañar al pueblo. Es difícil contradecirlos, porque la mayor parte de las veces eso es lo que el pueblo engañado quiere oír, pero es una obligación de los escritores objetivos exponer los hechos reales y hacerlos públicos para que luego cada uno saque sus propias conclusiones. En Filipinas, como en otras muchas regiones del antiguo imperio español, solo hay una verdad. Aunque se empeñen en esconderla. Aunque pretendan tapparla con capas y capas de engaños y falsedades.

El descubrimiento del océano Pacífico, como tantas otras cosas de este mundo, fue motivo de la necesidad. Una necesidad que se refleja en la historia de las exploraciones entre 1400 y 1600 como un esfuerzo mantenido durante dos siglos por españoles y portugueses que registró en esa época sus resultados más espectaculares y los condujo a todas partes del mundo.

Ese esfuerzo, que supuso también disponer de ideas progresistas, amplios medios y hombres capaces, estuvo ligado —y no debemos olvidarlo nunca— a dos tipos de exigencias: espirituales y materiales.

En el orden espiritual, al afán de la iglesia de llevar la cruz a los infieles y extender el cristianismo al mismo tiempo que incrementaba sus privilegios. Una importantísima razón que le había funcionado desde

la Edad Media y siempre hay que tener en cuenta. En el material, en primer lugar, a la imprescindible obligación de obtener mercancías de Extremo Oriente, sobre todo especias; después, a medida que se iban descubriendo territorios vírgenes y todos esos temas quedaban en manos de los diferentes gobiernos, a la búsqueda de oro como motivo principal. La forma tradicional en Europa de financiar los negocios o las guerras, y obtener poder.

Es casi imposible que el lector moderno, esencialmente omnívoro, se haga idea de la necesidad apremiante que tenían nuestros antepasados de conseguir especias para alegrar su monótono régimen culinario. Se explica por las condiciones de la agricultura europea, con su tradicional rotación trienal de un año trigo, al otro, cebada, y luego barbecho, y la crianza extensiva de ganado sin una selección definida. El resultado era una alimentación básica basada en pan y gachas, con carne salada proveniente de la matanza masiva del ganado excedente efectuada en otoño. El resto es fácil de imaginar: coles, rábanos, guisantes, lentejas y cebollas daban poca variedad a la comida ordinaria. Faltaban arroz, maíz, patatas, productos lácteos, frutas, legumbres verdes y azúcar. En la Europa del plato único, todo el arte de las cocinas residía en las salsas y su sazonomiento, y para eso se necesitaban condimentos difíciles de obtener.

Además, los productos odoríferos desempeñaban también un importante papel en la práctica religiosa, en la farmacopea y en los perfumes y medicamentos que se utilizaban para combatir el olor de las ropas sucias y las epidemias.

La demanda era inmensa: incienso, alcanfor, canela, nuez moscada, macis, jengibre, cañafistula, cardamomo, galanga, sándalo —siempre productos exóticos procedentes del sur y del sudeste asiáticos— y, sobre todo, pimienta de la India y clavo de las Molucas. Luego, a la larga, la seda, muy apreciada porque resiste al uso y a la polilla; el oro, las perlas y las piedras preciosas, de poco estorbo y gran valor; acabarían por completar los cargamentos.

Pero toda demanda excesiva lleva consigo la especulación. El comercio de las especias desde el país de origen se efectuaba por intermediarios malayos, hindúes, persas y musulmanes que dictaban los precios y obtenían un beneficio gigantesco. Eso se terminó cuando en 1453 los turcos